

**Colección
de
poemas**

HORACIO SALAZAR ORTIZ

**PALABRAS
POR
TU AUSENCIA**

INSTITUTO DE ARTES

PA 7298

.29

.A357

P35

1978



Biblioteca Central
Magna Solidaridad
F. UNIVERSITARIO



FONDO UNIVERSITARIO

02198

LA COPA ROJA

Lo único inobjetable
es esta copa roja.
La mañana sin sol
y tu ausencia.

Un recuerdo de ti
caminando a tu lado,
oyendo tus palabras,
sintiendo tu calor.

Juan Ignacio Ramón.
Mediodía desierto.
Al dejarte me dije:
los ángeles la guarden.

Luego días y días,
noches frías y anónimas.
Frente a la copa roja:
¿qué habrá sido de ti?

Mañana nuevo sol,
rocío entre las dunas.
El amor y el dolor:
una raya en el agua.

La mañana sin sol.
El susurro del viento.
Sólo queda tu nombre
para mí que estoy solo.

ARREPENTIMIENTO

A María Esther González

Finalmente, en el umbral, estaré vencido.
Y en ese instante cuya cercanía ignoro
sentiré pena y me arrepentiré
por los pecados de amor que no pude cometer.

Presiento que entonces estaré tan solo
como ahora. Pero tendré más frío.
Un frío duro, que la lumbre de tu cuerpo
no podrá ni querrá volver a derretir.

De todas las estulticias es la mayor
teorizar sobre el amor cuando es tiempo de *hacerlo*.
Nunca volverá a estar a nuestro alcance
el capullo cerrado que dejamos para después.

Tal vez en ese instante de inmensa soledad
un frágil consuelo encontraré en tu imagen.
Porque me enseñaste a violar las reglas del juego.
Y por tu cuerpo sagrado que me dio su calor.

TAL VEZ

Tal vez tenga usted razón, amiga mía.
Algo valioso tiene qué ser la virginidad,
sobre todo tratándose de la suya.

Pero en estas cosas, todo es tan relativo.
Por ejemplo, estar ahora sobre la máquina
resulta estúpido

cuando en esta misma hora, otros menos necios
están haciendo el amor con su chica o con la ajena.
Si por mí fuera, preferiría revolcarme en el pasto
con la cálida muchacha soñada por André Breton,
pues alguien tiene qué acostarse con las chicas
imaginarias.

SE FUE LA ESTACION

Ya se fue la estación del verano,
la última fiesta del amor.
Para muchos vendrá el otoño,
para nosotros, el adiós.

Será en vano tratar de rescatar
tu imagen del asedio de las sombras,
porque los días insensibles
te arrancarán de mi memoria.

Pero de los instantes que partieron
habrá uno que sin duda retornará:
aquel en que tus ojos alumbraron
esta oscuridad por donde voy.

Es verdad, padre Dante:
perdimos toda esperanza.
Tropezamos, con nuestra muerte a cuestas,
en las tinieblas del país.
Las luces se apagaron
como brasas bajo la lluvia,
tras una bengala verde,
en la noche de Tlatelolco.

Partiremos en el tranvía llamado deseo
hacia la casita de maderas pintadas, con
pasadizos aéreos.
Cercados por la clara explosión de los perales
en febrero.
Tu fina piel aromática y el brillo de tu mirada
recibirán el beso del bullicio infantil
que llegará con el viento desde los caballitos
de colores.
Caminaremos juntos por los pasadizos aéreos
sin poder estar nunca sobre el lecho cálido y revuelto.
Cogidos de la mano por los pasadizos aéreos,
sin destino fijo, sin programa, sin hora de llegar.
Transportados siempre,
hoy y mañana,
siempre. . .
en el tranvía llamado deseo.

PALABRAS

Palabras como soles, como la clara lluvia
para evocar la sombra de tus ojos lejanos.
Blancas nubes errantes, primavera de fuego.
Mariposas del alba prendidas en tus manos.

Una mañana como las mañanas perdidas:
el tiempo que vivimos sin presentir sus alas.
Risas, gritos, palabras: el ritmo de las vidas
juveniles que parten por rutas ignoradas.

Y en la mañana fría y en la tarde dorada,
tu cuerpo claro y firme hecho de noche y viento.
Hojas verdes pobladas de sonos orquestales:
tu juventud invicta sobre el muro del tiempo.

LA CANCIÓN EXTRAÑA

I

Los que dicen que las cosas cantan, lloran, o ríen,
dicen una simpleza.
Porque las flores, las estrellas y los caracoles bien
están como pretextos, pero permanecen ajenos a
la comedia.
Esto pienso, amor mío, mientras siento declinar
el día.
En esta tarde, que bien puede llamarse de plomo, de
níquel o de cualquier otro mineral, pero que
para mí es, simplemente, triste.
Triste, porque el amor pagano debe esconderse tras
un muro de estiércol.
Triste, porque estás y no estás y porque anoche te
soñé como una brizna de hierba entre las dunas.
Porque a pesar de tus ojos, algún día el lugar del
rocío se llenará de muerte.
Porque el temblor del jersey ha suplantado al
temblor primitivo de los cuerpos.
Porque posiblemente mis palabras te hieran, aunque,
en realidad, no te hieran.
Porque ni tú ni yo hemos suprimido el sonrojo de
los fariseos.

Porque tenemos miedo al amor, a la vida, a la
muerte y al ridículo.

Y porque mientras pienso esto, recuerdo el triste
gozo de los campesinos que vuelven de la
escarda al caer la tarde.

¿Has oído alguna vez el canto de los campesinos en
la tarde?

II

En los cafés de postín, los juniors y las niñas bien
hablan de lo suyo.

Las marmóreas rodillas tiemblan bajo las mesas
mientras el nylon de las mallas arranca de la
garganta de Dionysos una carcajada salvaje.

III

El Regiomontano sale a las 6:30 p. m. A las 8
y media sale el tren.

En la ventanilla de un vagón de segunda veo la cara
de una mujer joven.

Me alegro de saber que no va "en viaje de negocios".
Pienso en Eva, maligna e ingenua, frente a la
serpiente.

También pienso en el destino y en el lecho seco del
Río.

IV

Ha muerto la tarde. Entre el "montón de imágenes
rotas" te veo renacer como una brizna de hierba
entre las dunas.

TU NOMBRE

A Silvia

Tu nombre es la imagen sombría de la eternidad.
La imagen aterradora de lo que se va y permanece
al unísono.

Las tres últimas letras son la imagen del viento.
La imagen de la selva en el universo de tu nombre.
La selva sonora inventada por Zúñiga.

MIENTRAS ESTE VIENTO DEL NORTE

Mientras este viento del norte sacude las hojas amarillas,
y la gente se esconde de la gente cerrando las ventanas...
brillan tus ojos en la noche rosada, la misma noche anónima
que cobija el calor de los amantes, el dolor del país y tu ausencia.

El invierno se cierne tempranamente sobre la ciudad,
y en las colinas murmuran los arbustos de hojas ateridas.
Siento la ansiedad de no verte, la ansiedad de tu ausencia,
mientras desfilan las ramas sin follaje por la ventanilla del auto.

Los ruidos del campo se funden en un gemir unánime,
mientras vuelve la noche inesperada en que conocí tus ojos.
Quieran los dioses del amor hacer infinito tu verano y guardar para siempre en tu mirada la luz que conocí.

LA TIERRA

A César Isassi

Yo no deseo ir a la luna. Ni siquiera a Florencia,
Casablanca o Leningrado.
Esas ciudades me parecen bellas como palabras, pero nada más.
Siento de vez en cuando una vaga nostalgia por San Francisco,
pero, definitivamente, deseo quedarme en esta tierra.

En esta tierra, que en el verano quema como carbón encendido:
en los cinturones de miseria los niños mueren deshidratados.
Los mismos niños que en diciembre duermen enterrados hasta el cuello.
Tal vez por eso siente uno que esta tierra es digna de ser amada.

Os advierto que no tengo ningún empleo en la oficina de turismo.
Además, esta no es una tierra para ser hollada distraídamente.
Esto es lo que hay que hacer: mirar simplemente y maravillarse
de que haya todavía un pedazo de cielo sin smog ni aviones de guerra.

Estáis en México. En el norte de México: dulce tierra melancólica.

Tierra buena para estar aquí siempre, para hacer el amor y para olvidar.

La tierra sin historia, con su vegetación fantasmal y su vaga tristeza.

Dulce tierra querida que os recuerda vuestra perdida condición de niños.

EN EL TEMPLO

A la Sra. Elizabeth S. de Thomann

Al compás armonioso de tus manos de cera
—agonía de palomas sobre un lecho encantado—
vuela el alma del piano, ruiseñor despertado
por la mano del viento que rozó la pradera.

La maldad se recoge como un ala en espera,
y aún parece mentira la verdad del pecado
mientras muere el silencio del recinto sagrado
bajo el trémulo ritmo de tus manos de cera.

Cuando, presa de extraña devoción te contemplo
y en tus ojos azules miro el cielo del templo,
me parece que piensas un pensar sobrehumano. . .

Languidecen tus manos sobre el fino teclado. . .
y al vivir el silencio del recinto sagrado,
de su heráldica fuga torna el alma del piano!

SONETO A MARIA

María, la cadencia del verso no me tienta,
ni el escribir con rima tu nombre de María;
es más bien una vieja, casi absurda manía
que llega de la infancia lejana y cenicienta.

Al pronunciar tu nombre divino, se acrecienta
del corazón el ritmo, con visos de agonía;
¡cien millones de veces repetirlo podría
y fuera siempre nuevo para mi voz sedienta!

Yo quiero la caricia de tu nombre de oro
para las horas grises, comunes, de la vida. . .
Lo pondré entre el desorden de las cosas que adoro

. . . y besaré su imagen de amapola encendida
Al fin, tras el vacío de tu nombre sonoro
¡han de encontrar mis besos tu carne florecida!

SONETO III

Fue casi una ironía del azar conocerte.
Eras el sol que muere y el retoño que brota.
Maravillosa y frágil como cascada rota.
Única e imposible como el ser de la muerte.

Poderosa y flexible, te rubricó una ola.
Violenta y delicada, llevabas en los ojos
el palpitar agreste de los veranos rojos.
Sobre el granito inerte floreció la amapola.

Una tarde y tus manos en las verdes colinas.
La carretera negra. Las aves peregrinas
por sobre tus cabellos dispersos en el viento.

Un resabio de angustia sobre el agua cautiva.
Y tu imagen pagana de diosa primitiva
tatuada en el rosario sin fin del pensamiento.

STAY WITH ME

¿Que no hallaré lo que busco?
¿Que no vendrá lo que espero?
¿Sabes tú si busco algo en el camino?
Y esperar, ¿qué?
Te diré:
sólo deseo vivir.
Mirar pasar las horas, los días, los minutos.
Cabalgar sobre algunos, y sentir que los más
pasan sobre mí desaprensivamente,
sin consideraciones,
como sobre un cadáver o una piedra.
¿Qué más?
Te agradezco que hayas entrado
y hayas permanecido algunas horas conmigo, o a
mi lado.
No pude esperar más.
Ahora que te vas:
que los dioses sean contigo.
Pero no me compadezcas ni echés suertes sobre mi
destino.
Conserva en mí tu imagen de flor sin mañana.
Y déjame ser feliz, o infeliz, o desgraciado.
¿Cuál es la mejor alternativa?
No lo sabes tú, ni lo sé yo, ni lo sabe la piedra.

¿Qué sé yo de olvidarte?
Contigo me sentí, por qué negarlo,
un poco como el rey de los minutos que juntos
compartimos.

CAMINANDO SOLO

A Miguel Covarrubias

Caminando solo, entre el barro de las calles, en esta tarde de otoño.
Aturdido, tratando de no pensar, de olvidar, o de mandarlo todo al demonio.
Ocurre simplemente que otra vez estoy solo y mientras tanto
he visto a las muchachas y muchachos fumando mariguana
sentados en las bancas de la Plaza del Colegio Civil.
En la azotea de un edificio un hombre maniobra torpemente,
entre la lluvia fina y gris parece un fantasma fatigado.
En este café, alumbrado por lámparas de neón,
se está bien mientras la lluvia llena de fango la ciudad:
se habla de política, de nada, o se trata de ligar con la mesera.
Mientras tomaba el café miraba un tigre de peluche y recordaba a M.
A ella le gustan esos animalitos vistosos y pacíficos.
Recordaba también que cuando era niño me tiraba al agua desde una piedra alta
y el agua me envolvía todo el cuerpo.

me abrazaba, y así se estaba bien.

También he ido a la librería y me pareció que olía a muchacha recién bañada,
y recordé que las bibliotecas huelen a momia y a polilla.

Evidentemente, me siento mejor en una librería que en la biblioteca.

También estoy mejor con la Srita. M. que con su abuelita.